

POSTSCRIPTUM: LA LARGA RUTA DE LOS ESTUDIOS COLONIALES

Mabel Moraña
UNIVERSITY OF PITTSBURGH

La configuración del campo de los estudios coloniales ha recorrido un camino largo y ascendente, en el que se pueden identificar tanto las encrucijadas, desvíos e irregularidades del terreno, como los momentos de riesgo y desorientación que se presentan al caminante en toda larga jornada. Sin duda alguna, entre los obstáculos más difíciles de sortear en esta ruta, se encuentra el que interpone al investigador, ya desde la misma denominación del campo, la noción misma de colonialismo. Cargado de contenido político-ideológico, el concepto y el conjunto de experiencias históricas que evoca no pueden ser reducidos, de ninguna manera, ni apelando a la placidez del academicismo ni a partir de la asepsia posideológica que aqueja a nuestros tiempos. Para el caso particular de América Latina, el término designa, como se sabe, la experiencia de expoliación territorial, superexplotación humana y devastación socio-cultural que, a partir de las primeras instancias de la penetración imperial, marcan una trayectoria inacabada de violencia material y simbólica en nuestro continente. Pero abarca también las prácticas de resistencia a partir de las cuales los distintos sectores sometidos por la superioridad militar del invasor se revelan ante las fuerzas metropolitanas, desarrollando estrategias múltiples de subversión de las prácticas y discursos dominantes.

Definir y acotar el campo de los estudios coloniales ha implicado, a través de muchas décadas, no sólo analizar y evaluar los procesos de imposición política, económica y cultural impulsados por las metrópolis peninsulares en el “Nuevo Mundo”, sino también reconocer la importancia y especificidad de subjetividades dominadas dentro de lo que fueron sus propios espacios de existencia, acción y representación socio-cultural. Supone, entonces, recordar que las culturas que la dominación imperial redujera radicalmente durante varios siglos, no solamente han logrado, en formas y grados diversos, sobrevivir a la aniquilación total, sino que han ido reafirmando, con el correr de los siglos, desde la historia pasada y también desde la actual, el lugar y papel que les corresponde dentro de la multiplicidad de vertientes culturales que constituyen lo que hoy entendemos como América Latina. Este proceso ha supuesto, en diversos niveles, una dinámica tensa de re-conocimiento y de reapropiaciones culturales, a partir de las cuales se ha ido reivindicando la identidad americana como un espacio de lucha en el que se debaten proyectos sectoriales, agendas económicas y políticas, imaginarios, discursos y simbolizaciones, en batallas constantes en las que las diversas partes pugnan por el poder político y el control representacional.

Lugar de flujos transculturadores, mezclas, empréstitos y sincretismos, la cultura americana es, sin embargo, más que una síntesis, un lugar de conflictos productivos y antagonismos nunca resueltos. En efecto, superada la “ideología del mestizaje” que guiara las utopías nacionalistas de consenso y de conciliación social en beneficio de las élites, América Latina es entendida hoy ya no sólo como resultado de la violencia originaria de la conquista y la colonización europea, sino como una historia atravesada en su totalidad por la experiencia de lo que Aníbal Quijano ha llamado “la colonialidad del poder”, presente en tiempos propiamente coloniales, desde el descubrimiento hasta la independencia, tanto como en las posteriores instancias de consolidación nacional, modernización y neoliberalismo globalizador, con las variantes que el desarrollo histórico ha impuesto en las distintas etapas. Dada esta nueva comprensión de la “colonialidad” americana, es más que nunca necesario relevar las especificidades históricas y discursivas que caracterizaron los procesos previos a la emancipación, y reivindicar una lectura liberadora de los mismos, que revele su problemática y tensa productividad histórica. Los estudios del período propiamente colonial han sido, en gran medida, pioneros en la tarea de desencubrir la existencia de agentes sociales, discursividades y proyectos que revelan no sólo la extensión del poder imperial y su costo social, sino también los grados y formas de resistencia que el colonialismo debió enfrentar durante los siglos de dominación en América. Las estrategias de lectura, no sólo de los textos literarios sino de la textualidad cultural e ideológica de la época, han dejado enseñanzas profundas en otras áreas de los estudios latinoamericanos, demostrando los méritos del trabajo de archivo, la importancia del conocimiento de la tradición y de la historia, y los beneficios de los métodos transdisciplinarios que, sin demasiadas alharacas, los estudiosos de la Colonia han utilizado siempre en la aproximación a su objeto de estudio.

Desde el momento en que Georgina Sabat-Rivers empieza a trabajar, en la década de los años 70, hasta los días en que se publica el presente volumen, el campo de la literatura colonial ha logrado establecerse como un área específica de los estudios latinoamericanos. Ha conseguido también legitimarse académica e ideológicamente como el momento fundacional de procesos que durante mucho tiempo se leyeron de espaldas no sólo a las culturas prehispánicas sino también a los avances que la sociedad criolla realizó en diversos contextos en cuanto al desarrollo de formas expresivas y representacionales propias de “lo americano” y a la formulación de un pensamiento crítico diferenciado de los modelos impuestos desde el descubrimiento.

Superar estas limitaciones requirió la elaboración de estrategias hermenéuticas innovadoras que, aplicadas a documentos que el trabajo de archivo iba revelando paulatinamente, fueron desencubriendo espacios discursivos ya ignorados ya invisibilizados por una crítica eurocéntrica, atenta primordialmente a la reproducción de paradigmas culturales del Viejo Continente en territorios de ultramar. Para esta crítica, la cultura colonial aparecía con frecuencia como un conjunto de prácticas donde la emulación habría logrado, a lo más, sólo réplicas retardadas y degradadas de los grandes modelos, sin llegar a cristalizar en obras originales, de contenido propiamente americano.

Figuras como las de Juan Ruiz de Alarcón o Sor Juana Inés de la Cruz, para citar sólo a las más prominentes, formaban parte del canon peninsular, según lecturas que las relevaban, de acuerdo a esa visión, como productos desplazados del gran tronco cultural español. Otras, como Fray Bartolomé de las Casas, estuvieron sujetas a interpretaciones que evaluaban y a veces devaluaban su valor literario e histórico, dependiendo del rendimiento que los críticos adjudicaban a esos textos dentro de arreglos ideológicos y de acuerdo con políticas culturales de la “madre patria,” que no consideraban relevante el

tema del sujeto americano, entendido éste en el contexto de su propia y conflictiva circunstancialidad histórica. El mundo monacal y aún el cortesano distaban mucho de manifestarse como la red compleja y paradójica que han venido revelando las investigaciones de las últimas décadas. La diglosia americana, la hibridez étnica y cultural, el sincretismo religioso, el discurso femenino y la utilización de géneros “menores”, como la confesión o el villancico, no se perfilaban aún con la importancia que ahora les reconocemos, sino que aparecían, en muchos casos, exentos del prestigio canónico de que gozaban, por ejemplo, la épica, la lírica o el drama, quedando, por lo tanto, relegados a la periferia de los estudios principales.

El mundo colonial era considerado aún como el espacio colonizado en el que no habría logrado aún gestarse un pensamiento crítico-historiográfico propio, y las prácticas de la fiesta, las conmemoraciones, los certámenes, la correspondencia privada y las representaciones de insurrecciones indígenas no lograban insertarse aún, con pleno derecho, más que en los márgenes paraliterarios de los grandes discursos, los grandes autores, los grandes sistemas y los grandes momentos históricos, por considerarse que su textura cultural o su textualidad literaria eran insuficientes para revelar algo más de lo que ya informaba, con un estilo más “autorizado”, el repertorio de la alta cultura letrada y la historia oficial.

Los estudios que integran este libro dan perfecta evidencia del terreno recorrido en las últimas décadas, y testimonian la fertilidad con que han proliferado las enseñanzas de los más importantes investigadores del campo, entre los cuales se cuenta, en un lugar de honor, nuestra homenajada.

EN BUSCA DE SOR JUANA

Como es sabido, los estudios de Georgina Sabat-Rivers no se restringen a una sola etapa de la época colonial, aunque sí se focalizan en el período barroco, al cual la investigadora cubana ha realizado contribuciones fundamentales. Su trabajo es hoy, sin duda alguna, una de las fuentes principales para reconstruir las dinámicas culturales que marcaron, particularmente en el Virreinato de la Nueva España, el surgimiento y desenvolvimiento de la cultura criolla, tanto en el espacio colonial americano como en sus vinculaciones con la metrópolis. Su análisis de la cultura virreinal ha entendido los desarrollos coloniales como producto de fuerzas que derivan de la constitución de una sociedad nueva, que más allá de sus fuertes condicionamientos políticos, económicos y sociales, fue identificando paulatinamente sus metas, aspiraciones y recursos expresivos, y desarrollando estrategias representacionales crecientemente diferenciadas de las metropolitanas.

Sin plegarse a las más recalcitrantes interpretaciones de lo colonial como reflejo o réplica de los impulsos imperiales, y sin negar, tampoco, la fuerza impositiva de los imaginarios dominantes, Georgina Sabat-Rivers pugnó por una comprensión abarcadora de la literatura colonial, en la que los procesos de institucionalización cultural jugaban un papel fundamental en la representación criolla. Pero reconoció también la especificidad de los sujetos que protagonizaban la escena cultural, tanto desde sus posiciones hegemónicas como en las áreas vastas de la poblada marginalidad virreinal.

La literatura, con sus retóricas marcadas por la tradición clásica y por el autoritarismo escolástico, nunca fue, en su criterio, un lugar simbólico ajeno a la capacidad innovadora del sujeto criollo. Más bien, Georgina rastreó en todos sus escritos las fisuras del discurso

hegemónico y las estratagemas representacionales que se filtraban enmascaradas, desde la intimidad de la creación hacia los espacios controlados de una recepción censurada. Enfatizó, así, las transgresiones y desvíos con los que el productor cultural de la colonia penetraba los interiores contradictorios de su propia conciencia social, reapropiándose de recursos y temas, estilos y mensajes, para canalizar sus contenidos específicos, pautados por la diferencia cultural y el afán reivindicativo. Atendió a los resquicios que dejaba el trabajo hermenéutico, para descubrir en las entrelíneas de los textos, el espesor de prácticas simbólicas que anunciaban una sociedad nueva, no exenta de jerarquizaciones y aspiraciones hegemónicas, pero crecientemente liberada de los nexos restrictivos que imponían el absolutismo monárquico, la ortodoxia religiosa y los modelos consagrados de la alta cultura metropolitana. Sin dejarse seducir por la utopía redencionista que idealiza la subalternidad confiriéndole un privilegio epistemológico que satisface más las necesidades de la teoría que la complejidades de la historia, Georgina entendió al productor cultural de la colonia como un repositorio de recursos, deseos y proyectos encontrados, contradictorios, a veces paradójicos, que supo rescatar a partir de la evidencia histórica y textual, sin agendas previas que requirieran, necesariamente, confirmación.

Sin embargo, quizá debería recordarse sobre todo, al aludir a la excelencia académica de Georgina Sabat-Rivers, que ella ha sido, durante muchos años, en distintos países y en múltiples instituciones, una maestra, en el alto sentido que dan los mexicanos a este término. Sus propuestas y análisis han sido claros y honestos, han mostrado sus fuentes y compartido sus dudas e inquietudes en todos los niveles. Sus colegas y discípulos conocen tanto su ilimitada generosidad como su incansable y contagioso entusiasmo, su voluntad didáctica tanto como su alto vuelo intelectual y su dinamismo. Junto a lo que nos ha enseñado a todos sobre tantos y tan diversos temas coloniales, su propia práctica profesional, profesoral y humana son, sin lugar a dudas, un ejemplo y un legado fundamental, de esos que no se encuentran a menudo, y menos conjugados en la misma persona. El campo colonial, en los avatares de su consolidación disciplinaria, tiene así en esta investigadora uno de sus pilares y ejemplos más notorios.

El título del libro que Georgina Sabat publicara en 1998, *En busca de Sor Juana*, resume su pasión principal: el asedio constante, desde la crítica, la historiografía y el análisis cultural y literario, a la obra de Sor Juana Inés de la Cruz. Las contribuciones de Georgina Sabat han dejado como entregas principales en este campo: *El "Sueño" de Sor Juana Inés de la Cruz: tradiciones literarias y originalidad* (1976), *Estudios de literatura hispanoamericana: Sor Juana Inés de la Cruz y otros poetas barrocos de la colonia* (1992), *Bibliografía y otras cuestiúnculas sorjuaninas* (1995), *Sor Juana Inés de la Cruz y Sor Marcela de San Félix* (1996), además de sus excelentes ediciones de *Inundación castálida* (1982) y de la *Obra completa: coloquios espirituales, loas y otros poemas*, de Sor Juana, realizada con la cooperación de Electa Arenal. Además de estos libros, Georgina Sabat es autora de un gran número de artículos sobre temas variados de la literatura colonial, como la lírica cortesana, la literatura conventual, el villancico, y la obra de autores tales como Bernardo de Balbuena, Carlos de Sigüenza y Góngora, Hernando Domínguez Camargo, y tantos otros.

En todos estos estudios, el aporte principal de Georgina Sabat debe haber sido el de acercarse al mundo cortesano y monacal, a los entretelones de la vida privada y a los espacios públicos del virreinato con una minuciosidad detectivesca, sin dejar por ello de integrar en sus interpretaciones intuiciones y percepciones en las que su capacidad lectora logró resignificar los datos que la historia y la hermenéutica presentaban de manera más fría. Sus análisis de la práctica discursiva y transgresora de Sor Juana en el género "menor"

del villancico, por ejemplo, abrió una serie de pistas fundamentales para la comprensión de las interrelaciones étnico-culturales que tenían lugar en el espacio controlado que rodeaba a la liturgia, y sobre el papel de la parodia y los usos de la poliglosia como instrumentos deconstructores y lúdicos del letrado criollo. Sus estudios sobre romances y loas, o sobre el famoso “Sueño” de Sor Juana entregaron también, junto a la erudita recuperación de tradiciones clásicas e influencias intertextuales, hipótesis sugerentes sobre la naturaleza múltiple del genio sorjuanino, y los modos en que la experiencia cortesana y conventual, así como los contactos con la jerarquía política y eclesiástica de la época, pudieron haber influido en la selección temática y estilística de la poetisa barroca.

Creo que puede afirmarse, sin temor a exagerar, que durante la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI, Georgina ha sido la mejor amiga de Sor Juana. La que con más propiedad se ha acercado a los misterios de la sensualidad y el intelecto de la Décima Musa, la que ha ahondado con mayor perspicacia en los vericuetos de su biografía, la que ha comprendido mejor sus silencios y sus pronunciamientos. Leyendo los escritos críticos de Georgina, dejándose llevar por la fuerza de sus interpretaciones y de sus propuestas, por su erudición y por su intuición crítica, uno puede sospechar que a pesar de las restricciones del tiempo y la distancia, Sor Juana debe haberse acercado muchas veces a la reja conventual, con escucha o sin ella, para hablar con Georgina y confiar sus secretos a la chisporroteante investigadora cubana, que se mueve con el mismo espíritu travieso y la misma solidez intelectual de la monja, tanto por los ambientes de la corte académica como en la austeridad del gabinete de estudio. Que de esas charlas deben haber salido pistas textuales, chismes, coqueteos, que después llegan a nosotros, traducidos por la pluma de Georgina, como si fueran sólo producto del estudio, la inteligencia y la perseverancia. Quizá sea este contacto privilegiado el que podría explicar la alegría y la pasión del trabajo que han caracterizado tantas décadas de esfuerzo y tantos logros académicos en la carrera de Georgina Sabat. De no ser así, habría que elaborar otras hipótesis. Yo me quedo con esta idea de la complicidad a través de los siglos, con esta imagen de las dos mujeres contándose sus cosas y compartiendo su pasión por el conocimiento y su rebeldía ante las fronteras que otros imponen entre creación y vida, disciplina y juego, trabajo y goce. Termino aquí, no sin dejar de agradecer a Georgina Sabat-Rivers por su invaluable trabajo de colonialista, a Elías Rivers por sus propias excelentes contribuciones a nuestro campo y por su aliento a Georgina, y a la suerte, que me hizo coincidir con ellos en tantas instancias académicas, para disfrutar de su compañía y de los frutos de su incansable labor.